

ESPIRITUALIDAD CRISTIANA Y APOSTÓLICA

Hacia una “mística de los ojos abiertos”

Queremos hablar de una **espiritualidad cristiana** que sea útil para cristianos inmersos en la vida de su sociedad y comprometidos en una tarea concreta en la misma; una espiritualidad para personas que trabajan, a veces en situación de precariedad o quizá de pluriempleo, o que buscan trabajo, que viajan en metro o en autobús, que toman decisiones, que se manchan las manos con el barro de la vida. Una espiritualidad radical y totalmente afectada y condicionada, en sus manifestaciones y en sus expresiones, por el hecho del sufrimiento, la injusticia, la marginación que, cerca o lejos de nosotros, sufren millones de hombre y mujeres y aun pueblos enteros. Una espiritualidad, por tanto, que desde la cercanía a las víctimas y excluidos de nuestro mundo se pregunta qué puede significar eso de amar a Dios, de hacer oración, de vivir la pobreza, de actuar con caridad, etc.

El “talante” humano que nos capacita hoy para la experiencia espiritual.

La experiencia espiritual es experiencia hecha por un hombre o una mujer. Por tanto, tiene que haber persona, en el sentido más noble del término, para que pueda haber experiencia espiritual de mayor o menor calidad. Uno es capaz de “hacerse” sujeto de experiencia espiritual, y que también puede llegar a incapacitarse para la misma, en la medida en que no cultive o no evite que se deterioren unas determinadas capacidades y posibilidades de su propia personalidad.

Por otra parte, toda experiencia espiritual, además de ser una experiencia individualmente situada, es también una experiencia situada social e históricamente, porque acaece en unas concretas circunstancias sociales, culturales, históricas. Desde este ángulo de visión, cada época presenta sus propias ayudas o sus propias dificultades a la experiencia espiritual. La persona, hija de su tiempo, deberá desarrollar en sí misma aquellas capacidades personales que le permitan recoger todo cuanto le ayude, en su sociedad concreta, a hacer su experiencia espiritual, y le permitan superar las dificultades específicas que su contexto histórico plantea a la experiencia de Dios en la vida.

¿Qué capacidades me parecen especialmente importantes a cultivar en nosotros para hacer más posible, en este inicio de un nuevo milenio, una experiencia espiritual?

1. La capacidad de interioridad.

La capacidad de interpretar y vivir la propia vida desde dentro. Lo cual es capacidad de parar, de distanciarse de los acontecimientos, de intentar su lectura, de formular las propias interpretaciones de lo que sucede. “Pues hemos pasado de vivir en función de un proyecto a vivir en función de una agenda”.

Esta capacidad se sustenta, en gran medida, en la capacidad de hacer silencio, de no angustiarse con el silencio, de librarse de la obsesión de llenarlo de palabras. Un silencio que no es aislamiento, sino capacidad de escucha y que da la posibilidad a palabras distintas y nuevas. Un silencio que es, en definitiva, superación de la Palabra. A través de ello renovaremos una actitud tan escasa en nuestra cultura como necesaria para una experiencia espiritual: la actitud de admiración. Admiración es capacidad de mirar hasta el fondo. Haciéndonos así capaces de captar a un Dios que es permanente sorpresa. La admiración nos capacita para descubrir los valores de lo pequeño, de lo oculto, de lo no aparente, y para descubrir las semillas de esperanza que hay sembradas en el aparente pedregal de la vida.

2. El talante de discernimiento

Es la actitud de fondo que nos hace preguntarnos continuamente por la calidad evangélica de lo que hacemos, con una sana capacidad de sospecha ante nuestros autoengaños y ante las apariencias de las cosas, así como una sensibilidad para detectar los “engaños con apariencia de bien”.

Este talante será muy necesario para quien quiera vivir una auténtica espiritualidad cristiana aplicándolo especialmente en los campos de: las mediaciones sociales, políticas, laborales... de su vivencia de fe. ¿Qué hacer con los medios económicos, con el poder, con la cultura que se adquiere? ¿Cómo poner efectivamente mi vida al servicio de los pobres y excluidos desde mi realidad profesional, familiar, social?

Y en el campo de la autenticidad evangélica de la propia experiencia espiritual y de otras experiencias supuestamente espirituales que se pueden proponer. Hay que estar atentos a esta “época de postmodernidad” también en lo espiritual, en la que parece que todo vale, que lo importante es sentirse personalmente bien.

3. La capacidad de resistencia

La “terquedad” es una llamada del evangelio especialmente oportuna en tiempos recios: “Con vuestra constancia conseguirán la vida” (Lc. 21,19).

Resistencia contra una manera de organizar la sociedad que produce exclusión y sufrimiento; contra un sistema de valores que justifica a los fuertes. Resistencia, una vez más, ante discursos conformistas que se presentan como inapelables. Una resistencia que nace de nuestra cercanía y solidaridad con los más pequeños nos impide resignarnos a que todo siga igual para que a ellos cada vez les vaya peor. Resistencia que no es sólo una actitud interior, sino, sobre todo, aguante en los compromisos, defensa de aquellos a los que nadie defiende, profecía frente a la permanente tentación de olvidar al huérfano, a la viuda, al extranjero.

4. Descubrir al Dios que se esconde en la oscuridad de la vida.

La injusticia estructural y cotidiana supone el ocultamiento de la verdad de Dios. Un mundo más justo sería también un mundo más transparente. “Discernir al Dios ocultamente presente y permanecer atentos – con la fuerza del espíritu de Jesús – a su llamada, es el reto de la vida cristiana en la pluralidad y ambigüedad de nuestras realidades y culturas” (Joseph María Lozano).

Se trata de buscar a Dios, no donde nosotros quisiéramos encontrarlo, o donde a nosotros nos gustaría que estuviera, sino “donde Él espera ser encontrado”.

Ponerse uno mismo en esta pista de búsqueda de Dios y poner a otros en ella es un desafío nuevo por el que necesariamente tendrá que pasar la espiritualidad de los próximos años. Educar en una sensibilidad hacia el otro, lo pequeño, lo no aparente, lo distinto, será capacitar para descubrir a ese Dios que “se revela en la historia y parece, no obstante, que se está retirando siempre de ella”.

5. Vivir el seguimiento de Jesús como don y en gratuidad.

Ser llamados por Jesús a su seguimiento es un don que nos es dado, que recibimos gratuita y misteriosamente, que no corresponde a nuestro mérito o esfuerzo. (Jn 15,16)

De esta vivencia de la propia vocación al seguimiento como don nacen dos actitudes muy dinamizadoras para nuestra vida diaria: el agradecimiento y la gratuidad.

El agradecimiento es el gran impulso de nuestro seguimiento y de nuestros compromisos, el que nos hace generosos. Generosos, no porque respondamos a una ley, sino porque respondemos a una persona. “El hombre espiritual es el que percibe el desbordamiento de un don inmerecido en todo cuanto le rodea, vive en hacinamiento de gracias y es capaz de volcar a su vez el cofre de su ternura en una anciana pobre y desaseada, en un niño autista, en un enfermo terminal, en un alcohólico inveterado, y en todos los cristos históricos que nos llaman cada día en todas las formas próximas de indigencia humana” (Germán Arana, SJ).

La gratuidad es una de las mejores aportaciones que los cristianos podemos y debemos entregar a nuestra sociedad, para así ir viviendo e ir generando una dinámica nueva, la dinámica del don, que permita romper la actual dialéctica entre las dinámicas del intercambio y del derecho.

Seguir a Jesús hoy, es comprometernos con los hombres por agradecimiento al cariño del Padre y, por ello, en gratuidad, hasta dar la vida: como a Jesús, posiblemente nadie nos la va a quitar; pero somos nosotros quienes la queremos entregar.

Esta gratuidad va a significar, entre otras cosas, que el criterio básico de nuestra movilización van a ser las necesidades de los demás y que, por lo tanto, no buscamos a quienes nos pueden remunerar o compensar en cualquier forma (dinero, prestigio, fuerza política, privilegios...), sino más bien a aquellos que menos pueden dar, porque menos tienen, y que por eso son también los más olvidados.

6. Vivir proféticamente las tensiones de nuestra pertenencia eclesial.

¿Qué tensiones serán éstas?. Algunas especialmente sentidas hoy día son: la tensión entre fidelidad y creatividad; entre la propia lectura del evangelio y otras lecturas, en ocasiones muy diversas, que se dan en la Iglesia; entre los valores, sentidos y compartidos como tales de nuestra cultura y pronunciamientos solemnes y tajantes, a veces, de la jerarquía eclesiástica; entre la sensibilidad por los pobres y la preocupación por sus causas y una Iglesia excesivamente preocupada de sí misma y de sus problemas internos; entre la identificación con una comunidad local y nacional y la pertenencia a una Iglesia universal...

Hay inmadurez o incapacidad para vivir las tensiones. Se pretendería que no existieran, y eso no es posible. No se trata de dejarse vencer por las tensiones, sino de saber vivirlas. Ese vivir las tensiones requiere de un talante espiritual que “habilite para un radicalismo sin rigorismos, para una tolerancia sin claudicaciones, para una libertad sin arrogancias, para una fidelidad al Evangelio de los pobres sin componendas ni rebajas, para una amor a la Iglesia sin idolatrías, para una comunión sin trastienda, para una obediencia sin infantilismos y para un ejercicio de la autoridad sin absolutismos” (Javier Vitoria Cormenzana).

7. Vivir una existencia integrada: “Ser místicos horizontales”

¿Qué debemos entender por “Místico horizontal”? “Para los místicos horizontales, el mundo es el lugar de la adoración de Dios. Estos místicos se resisten a transferir a la oración el encuentro con Dios y a apartarse o negar, del modo que sea, el mundo como condición necesaria o como camino de dicho encuentro. Para ellos, Dios emerge en la mismísima densidad de las cosas, personas y acontecimientos, y es ahí donde sienten que quiere ser escuchado, servido y amado. El mundo y la historia, lejos de ser

obstáculo para el encuentro con Dios, se convierten para ellos en su mediación obligada” (José Antonio García).

Esta experiencia de integración, síntesis de espiritualidad cristiana hoy, es ciertamente posible, pero nada fácil. ¿Cómo llegar a ella? ¿Cuál es la pedagogía que conduce a semejante experiencia mística?. Se asienta sobre una triple base:

- a) Estructuras de apoyo que nos **permitan ver el fondo de nuestra vida**. Dentro de estas estructuras hay que mencionar, por su importancia, la oración, que cobra un nuevo sentido, y el acompañamiento. Un acompañamiento que no es sólo el acompañamiento “en corto” o en directo que nos hace una persona, sino también otras formas de acompañamiento “en largo” o indirecto que nos hacen multitud de testigos de la fe, compañeros en el caminar.
- b) **Ser señores de nuestras vidas**. Estructuras que nos ayuden a recuperar o liberar nuestra libertad, como el control sobre el ritmo concreto de nuestra vida, el equilibrio entre tiempos y ocupaciones (tiempo de trabajo, tiempo libre, tiempo liberado para el don y el servicio); la del control de nuestras necesidades de todo tipo (recuperación del sentido de la clásica “abstinencia”); y la de la priorización de las necesidades de los otros como criterio de servicio, que es uno de los aspectos de la traducción de aquello también clásico de la “abnegación”.
- c) Estructuras que nos **impulsen a desposeernos de la vida**. A “entregar la libertad conquistada”; de entre éstas, citaré sólo dos que me parecen las más decisivas: la experiencia seria de vivir en comunidad – una comunidad auténticamente interpelante y acompañante de procesos personales – y la cercanía efectiva, concreta, al mundo de los pobres, la exposición real de la vida a sus miradas y preguntas.

Nada de esto aisladamente, sino el conjunto de todas estas cosas, nos puede facilitar esa “mística horizontal” a la que creo que somos convocados hoy por el Espíritu

(Artículo: Hacia una “mística de ojos abiertos”. Propuestas para el fin del milenio. Darío Mollá)